

La seducción justicialista y la inquietud democrática

HUGO Chávez intentó hace unos años dar un golpe de estado «para salvar a Venezuela de la corrupción». Aquella intentona fracasó más por la improvisación de los golpistas que por la fuerza de una reacción democrática. Muchos venezolanos veían con buenos ojos cualquier operación que se propusiera enderezar el rumbo del país, abocado a la bancarrota, con enormes riquezas naturales y una pobreza extrema, con unas oligarquías que eluden impuestos, exportan ilegalmente capitales y viven en la opulencia frente a una amplísima capa social desprovista de casi todo. Los partidos tradicionales —Acción Democrática (AD), socialdemócratas; Copei, democristiano, y Proyecto Venezuela, conservador—, eran ya entonces ampliamente denostados. Algunos líderes campaban por Venezuela como por su feudo personal. A pesar de que pocos se atrevían a defender en público el sistema, la democracia formal salvó entonces sus formas, pero los políticos, que le habían visto las orejas al lobo,

fueron incapaces de encontrar un camino que corrigiera las injusticias y despertara las energías del pueblo.

La seducción justicialista

EL pronunciamiento de Chávez, aunque fracasado, sirvió como referencia y catalizador del descontento social. En publicaciones estudiantiles se empezó a escribir que daba igual que ganase un partido u otro, porque los venezolanos perdían siempre. Las elecciones no servían para cambiar las cosas. La demanda de justicia empezaba a hacerse general, en sintonía con los movimientos guerrilleros de años anteriores y con algunos grupos cristianos que pedían cambios radicales en nombre de una verdadera democracia. Esta sed de justicia política se parecía mucho a una esperanza mesiánica, expresada en términos contundentes pero imprecisos, sin llegar nunca a formularse en un programa político articulado. «El pueblo producirá vástagos que restabecerán la justicia», se decía en un **fancine** universitario.

Con ese estado de ánimo ha conectado sin esfuerzo Chávez, del mismo modo que conectó **Perón** en Argentina en los años cincuenta. Su pasado golpista no ha sido un obstáculo, sino un trampolín. Cuando concurrió a las elecciones la gente entendió que no era un candidato como los demás, destinado a perpetuar la postración y corruptela institucionalizada. Con él —austero, fustigador de políticos corruptos, sin pasado de que acusarle— sí iban a cambiar las cosas. Explicable por el caldo en que se coció su candidatura, a Chávez se le ha presentado con **caracteres crísticos**. En uno de sus carteles, aparece su busto aureolado con la bandera y las siete estrellas, bajo este lema que causa desazón a los teólogos y rechazo frontal a los demócratas verdaderos: **Él es el camino de**

la Luz y de la Salvación. Un candidato así postula adhesión y seguimiento, inhibe la crítica racional y genera en los suyos un estigma de discípulo respecto a su maestro y un sentimiento de religación cuya ruptura significaría perder la comunión con la Justicia. Él es el mediador, el único mediador entre no se sabe muy bien qué y el pueblo. A su vez, Chávez se siente maestro y padre, dispone de presencias regulares en la radio y de varios periódicos que le hacen coro, como tribunas de sus sermones de la montaña y como espacio de diálogo, entre paternalista y demagógico, con «su pueblo».

*Perfectamente simbiotizados, Chávez y sus votantes han formado un ciclón, un recolector de vientos imparable, reunidos en algo que es mucho más y mucho menos que una coalición de partidos: el **Polo Patriótico**. Es difícil aceptar este discurso, pero es así como lo formulan muchos chavecistas convencidos de que ha llegado —textualmente— «un nuevo tiempo para un hombre nuevo y una patria nueva». El justicialismo ha seducido a millones de venezolanos, que han elevado en andas al candidato Chávez, como una prolongación natural y sagrada de ellos mismos. Lo preocupante de esta seducción justicialista es que el pueblo resigna en Chávez todos los poderes, se entrega a él, ofreciéndole en bandeja un gobierno de **déspota ilustrado** en el que podría hacer todo para el pueblo pero sin el pueblo. Doscientos años después de la abolición de l'**ancien régime**, la excepción chavecista no puede por menos que preocupar a los verdadero demócratas.*

El banco de prueba

EL triunfo de Chávez en las urnas ha sido contundente. Su programa es más una declaración de intenciones que un plan riguroso de

acción adecuada para los medios disponibles: regeneración patriótica, Bolívarismo en el sentido de «primero venezolanos y después latinoamericanos», desmantelamiento del Estado corrupto, reparto de la riqueza y de la cultura y dinamización de todas las fuerzas sociales en un proyecto común. De la Venezuela actual no querría conservar ni el nombre. Llegado al poder, su acción ha sido rápida y fulgurante. Convocó a las urnas para elegir el 25 de julio pasado una **Asamblea Constituyente** que en el plazo de seis meses debe elaborar una nueva Constitución. Dado el espectacular triunfo obtenido por Chávez en estas elecciones constituyentes (120 de los 131 escaños) su **poder personal constituyente es omnímodo**. Bajo un aparente respeto a las reglas de la democracia, el proyecto Chávez supone una grave amenaza para la misma. Envuelta en sentimientos mesiánicos, la opinión pública ha vivido la convocatoria electoral más como un plebiscito a favor de Chávez que como una verdadera elección entre varias opciones políticas.

ES evidente que Chávez ha entendido las elecciones del 25 de julio como una segunda ratificación que le amplía los poderes sin límite alguno. Pronto ha dado muestras de que no piensa desperdiciar la ocasión. En el orden internacional, Chávez ha jugado al borde del abismo. No sólo se ofreció como mediador entre el gobierno colombiano y las FARC (Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia), sino que se entrevistó públicamente con los representantes de la guerrilla, contraviniendo todos los usos de la política y de la diplomacia.

En el orden interno, Chávez ha sido aún más drástico, aunque debe de tener buen olfato para percibir la opinión

*internacional, y ha tratado de cuidar lo esencial de las formas. No quiere hacer más ruido del necesario ni asustar a las cancillerías ni a los inversionistas; promete respetar la reversibilidad del poder y renuncia a prevalerse del apoyo incondicional del ejército. Pero, al mismo tiempo, crea ambientes que anulan el contenido democrático de las instituciones del Estado. No ha disuelto el Congreso, elegido hace tan sólo once meses (el 9 de noviembre de 1998), pero ha hecho aprobar un decreto de **Emergencia Legislativa** (25 de agosto), por el que se le arrebatan al Congreso sus facultades políticas (control del ejecutivo) y legislativas. Tampoco ha disuelto la Corte Suprema de Justicia, pero ha querido que ratificara la legalidad de una parte del Decreto de Emergencia Legislativa en la que se facultaba a la Asamblea Constituyente para designar una comisión que asumiría las funciones esenciales del Congreso. Al negarse a ello, la presidenta de la Corte Suprema, **Cecilia Sosa**, presentó la dimisión (24 de agosto). Durante el mes de agosto, el Congreso y las viejas instituciones no han sido más que un poder residual y testimonial, sin eficacia alguna. Cuando los congresistas intentaban reunirse, los partidarios de Chávez se lo impedían y les amenazaban con «echarles al pueblo encima».*

***E**SE gobierno a pueblazo limpio con que amenazaban, ha hecho que algunos miles de venezolanos que aún creen que la democracia es el peor de los sistemas «con excepción de todos los demás», se hayan manifestado varias veces contra la inminente dictadura que se abate sobre Venezuela. Quizá por eso, Chávez ha consentido durante el mes de septiembre en un **modus vivendi**, una «respetuosa cohabitación» entre la Asamblea Constituyente donde reside el poder viniente y el Congreso, símbolo del poder que fenece.*

Inquietud y víspera de la decepción

EL chavacismo no es uno más de esos movimientos «salvadores de la patria» iberoamericanos.

Tiene poco que ver con las dictaduras recientes de Argentina y Chile que se justificaban a sí mismas por la necesidad de contener la subversión. Tampoco se emparenta con los clásicos cirujanos de hierro, al estilo de Fujimori, que accedieron por las urnas al poder. Poco se parece a Fidel Castro. Su más cercano modelo es el Peronismo y como él, tiene también elementos dictatoriales de todos los otros géneros. Estos momentos se acrecentarán a medida que el chavacismo vaya ocupando, como parecen ser sus propósitos, todas las parcelas del Estado y de la sociedad.

Orientados por experiencias cercanas y reiteradas, no podemos dejar de expresar nuestra inquietud. Si el chavacismo no se despoja de su mesianismo excluyente de todos los demás, no se fija un plazo breve de permanencia en el poder y lo cumple a rajatabla, perderá la presunta legitimidad moral (la del mal menor) que el actual caos venezolano le ha dado. De no ser así, podemos vaticinar, sin riesgo de equivocarnos, lo que pasará:

1. El perpetuo baño de multitudes hará que las urnas, quizá vírgenes en 1998 y 1999, corrompan su sentido y, al votar candidaturas desiguales, se convertirán en mero mecanismo reproductor del chavacismo. Así ha sucedido con todos aquellos partidos o personas que se han autoinstitucionalizado.

2. Al cabo de unos años de permanencia en el poder, la corrupción que Chávez combate anidará debajo de las alfombras y todos la verán menos Él que, probablemente, seguirá habitando el castillo de sus buenas intenciones. El aforismo de que el poder corrompe y «el poder absoluto

corrompe absolutamente» jamás ha dejado de ser cierto en el medio plazo.

3. Chávez combate en gran medida contra molinos de viento. Sus alas son más cortas que sus buenas intenciones. No podrá solucionar todos los problemas y, como todos los salvadores, antes que reconocer su fracaso, pondrá en marcha un mecanismo de propaganda que pintará de color de rosa la realidad que no haya podido transformar. Es también la historia de todas las dictaduras.

4. Una prolongada permanencia en el poder dividirá a los venezolanos en dos mitades (pro y contra) y los colocará en la difícil tesitura de no poder vivir ni con Chávez ni sin él. Exactamente como sucedió con Juan Domingo Perón, al que los argentinos exiliaron y repatriaron, execraron y veneraron, y al que, ni después de su muerte pudieron encuadrar sin traumas en el patrimonio común de la nación.

***POR** todo ello, expresamos nuestras graves reservas sobre todo el proyecto Chávez, aunque le concedemos un margen de respeto, pero condicionado a que concrete un programa público de acción, depure la mistificación escatológica de su mensaje y, como los dictadores romanos, se fije un plazo breve para abandonar el poder.*